

—Se llama Perico. Podeis llamarlo, no es arisco, y vendrá.

—¿Cuánto puede valer un burro como este?

—¡Tomad veinte ó treinta escudos.

—Eso no es nada.

—Efectivamente, para lo que trabaja es nada. Vamos, Perico, amigo mio, es preciso dejar descansar á estos señores, y para no incomodar mas á aquellos señores, me fui por la cuadra. Un instante despues les oí dar grandes careajadas; bueno, dije yo, Dios bendice la choza donde la gente está alegre.

Al día siguiente; sobre las siete, se despertaron los dos huéspedes; mi hijo se había ido ya á cazar. ¡Pobre Francisco! era su pasión.... en fin, Mariana había preparado el desayuno. Nuestros huéspedes comieron con apetito de viajeros: despues quisieron ajustar cuentas, les dijimos que era lo que quisiesen, dieron un luis en oro á Mariana, que quiso devolvérselo, pero ellos se opusieron; eran ricos á lo que parece.

—Ahora, amigo, es menester otra cosa; necesitamos que nos presteis á Perico hasta Brunnen, dijo uno de los dos.

—Con muchísimo gusto, le respondí; lo dejareis en la posada del Aguila en donde lo recogeré cuando yo vaya á buscar provisiones. Perico está á vuestra disposición, podeis montarlo un rato cada uno, los dos á un tiempo, pues es muy firme, y así ireis descansados.

—Pero replicó el otro compañero, como pudiera suceder alguna desgracia al borrico...

—¿Qué quereis que le suceda? les dije. El camino es bueno desde aquí á Ibach, y desde Ibach á Brunnen es excelente.

—Pero no se sabe lo que puede suceder. Vamos á dejaros el valor del burro.

—Es inútil, tengo confianza en vosotros.

—Sin esta condicion no nos lo llevamos.

—Haced lo que querais; sois los amos.

—Habeis dicho poco ha que el asno valia treinta escudos.

—A lo menos.

—Ahí teneis cuarenta. Dadnos recibo. Si al llegar á Brunnen entregamos sano y salvo vuestro burro al posadero del Aguila, nos devolveteis esta cantidad, quedándoos con ella si le sucediere alguna desgracia á Perico.

Nada mejor podían decir que esto. Mi nuera, que sabia leer y escribir, porque era hija del maestro de escuela de Goldausles, dió un recibo circunstanciado. Aparejamos á Perico y se marcharon. Es menester hacer justicia á la pobre bestia; no queria marchar. Nos miraba con un aire triste que me causó pena, fui á cortar un pedazo de pan y se lo di. El pan le gusta mucho: era el medio de hacer de él cuanto se queria; de modo que no tuve mas que decirle ¡vamos! y echó á andar. En aquel tiempo era obediente como un perrillo.

—Mucho ha cambiado con la edad.

—¡Está desconocido! pero no por la edad, sino por el accidente que le sucedió.

—¿Qué le sucedió durante el viage?

—¡Una cosa horrible! ¿No es verdad, pobre Perico?

—Veamos el accidente.

—Jamás lo adivinariais. Es preciso imagináros que aquellos calaveras parisienses tuvieron una idea; ¡pero qué idea! una idea endiablada, y fué la de irse calentando durante todo el camino, en vez de hacerlo de rato en rato, como en el día anterior. Para esto pensaron en Perico; despues he sabido cómo lo hicieron, porque me lo contó un vecino de Ried que trabajaba en el bosque y que los vió. Primero pusieron yerba mojada sobre la albarda del jumento, luego una capa de nieve, despues otra de yerba, y encima un haz de leña á que prendieron fuego con un fósforo, de modo que no tenían mas que seguir á Perico para calentarse, y que alargar la mano para encender sus cigarros, exactamente como si estuviesen delante de una chimenea. ¿Qué decís de la invención?

—Que reconozco perfectamente á mis parisienses.

—Tambien hubiera debido reconocerlos yo, pues ya habia tenido que tratar con ellos en tiempo del general Massena.

—¿Cómo! ¿Habitábais entonces esta comarca?

—Recien llegado del canton de Vaux acababa de establecerme aquí, por esto hablo el francés.

—¿Y habeis visto el famoso combate de Muotta-Thal?

—Es decir, lo vi y no lo vi; pero esa es otra historia, esta es la mia.

—Es verdad, y todavia estamos en la de Perico.

—Como íbamos diciendo, durante una legua anduvo bien la cosa, habian atravesado la aldea de Schonembuch, calentándose y sin detenerse mas que para añadir leña al fuego. Toda la gente salió á las puertas para verlos pasar; nunca se habia visto una cosa igual; pero poco á poco el calor del fuego fué derritiendo la nieve, y ya se habian secado las dos capas de yerba sin que los parisienses hubiesen reparado que el fuego se acercaba á la piel de Perico, que fué el primero que lo notó. Comenzó por dar respingos, despues por rebuznar, despues por trotar, por ir á galope; de suerte que los jóvenes no podian seguirle; y cuanto mas de prisa andaba, mas la corriente del aire encendia la hoguera. En fin, el pobre animal se tumbó en el suelo revolcándose como un loco, levantándose y volviéndose á tumbar. La albarda llegó á quemarse y el pobre burro se asaba, se levantaba y se volvía á echar; en fin, á fuerza de rodar por tierra, llegó á la vertiente del rio, y como estaba muy en cuenta, fué á caer dentro de él.

Los dos calaveras continuaron su camino sin cuidarse de él: estaba pagado el importe del burro.

Al cabo de dos horas encontraron á Perico:

estaba apagado, pero como las márgenes del Muotta son escarpadas, no pudo salir del rio y se quedó todo aquel tiempo en el hielo: quisieron acercarlo á la lumbre; pero así que la vió echó á correr como un rabioso, y no paró hasta llegar á casa, en donde estuvo seis semanas malo.

Desde aquel tiempo no puede sentir ni el fuego ni el agua.

Como yo habia visto repugnancias mas extraordinarias que las de Perico, comprendí perfectamente la suya, y tornó desde entonces en mi aprecio, y á tener toda la consideración que le habian hecho perder sus dos escapatorias.

HISTORIA DEL HOMBRE.

Charlando á mas y mejor, llegamos á Ibach, y como el desayuno se hacia esperar mucho, propuse á mi hombre que tomásemos un bocadito, el que admitió la oferta con la misma franqueza con que se le hacia, y nos pusimos á la mesa.

—A propósito, le dije, mientras nos hacian una tortilla, habeis dejado escapar cierta palabra, que yo he recogido.

—¿Cuál, mi amo? me respondió él, que empezaba ya á familiarizarse con mis maneras.

—Habeis dicho que habiais conocido á los franceses del tiempo de Massena.

—Un poco, respondió despues de haber apurado su vaso haciendo castañetear su lengua en el paladar.

—¿Y habeis tenido trato con ellos?

—¡Oh! con uno entre otros. ¡Qué ganapan! y era un capitán, sin embargo.

—¿No podríais contarme eso?

—Si tal. Imaginaos.... pero ya está aquí la tortilla....

Efectivamente nos traian el plato indispensable, único á veces de las malas posadas, y en la precipitación con que mi convidado saludaba su presencia, habria sido una crueldad el distraerle de los cuidados que al parecer estaba dispuesto á tributarle.

—¡Diablo! dije yo, mucho me pesa que probablemente no sigamos mas lejos por el mismo camino, pues hubiéramos hablado de la famosa batalla.

—¡Oh! sí, una de las mas famosas: ¿Vais á Schwitz?

—Sí, pero no en seguida; quisiera antes ver la Muotta-Thal.

—¡Pues bien! Estamos entonces como deseamos, precisamente vivo yo allí; desde mi ventana se ve hasta la aldea de Muotta, en

donde fué lo mas caliente de la refriega. Venios á dormir á mi casa, no estareis muy cómodamente, pero allí hay un cuartito.

—A fé mia, le dije yo, acepto la oferta como me la haceis, sin cumplimientos.

—Teneis razon, donde hay incomodidad no hay placer. Vereis á Mariana que es una excelente muchacha que me cuida mucho, no tendreis gamuza, porque el cazador no está allí ya:—El anciano exhaló un suspiro: ¡pobre Francisco!.... En fin, encontrareis gallinas, buena manteca y esquisita leche. ¡Vamos!

—Estoy seguro de que estaré muy bien.

—Muy bien no, pero se tratará de que estéis lo menos mal. ¡A vuestra salud!

—A la vuestra, amigo, y á la de las personas de vuestro afecto.

—Gracias: me haceis recordar que me he olvidado de Perico....

—Yo he pensado en él, yo, y probablemente á estas horas estará comiendo mejor que nosotros.

—Vaya, gracias. Mirad, todo lo que me queda en este mundo es Mariana, Fidel y Perico: cuando vuelvo á mi casa, Perico rebuzna, Fidel me sale á mi encuentro, y Mariana aparece en el dintel de la puerta. Los que llegan son bien recibidos de los que esperan. Cuando se vive aislados, como nosotros vivimos, uno se hace amigo de los animales, cuyas buenas ó malas costumbres se conocen: las buenas les vienen de la naturaleza y las malas de sus relaciones con nosotros. Cuando se sabe esto se les disimulan las malas, porque, ¿á qué empeñarse en que los animales sean mas perfectos que los hombres? Si Perico no hubiese conocido jamás á los parisienses, y esto sea dicho con vuestro perdon....

—Continuad, continuad, yo no soy de Paris.

—No tendria el carácter maleado como lo tiene.

Y era verdad lo que decia, la civilizaci6n todo lo corrompe, hasta á los burros.

Durante este diálogo, habian desaparecido la tortilla y el queso, y en la botella no quedaba ya mas que para el último brindis; echámostlo, y partimos en seguida.

—¿Y nuestro capitán? dije yo al momento que hubimos pasado la última casa.

—¡Ah! sí, el capitán! Era la mañana del 29 de setiembre, día de la batalla; me acuerdo como si fuera ayer y hace ya treinta y cuatro años. ¡Cómo pasa el tiempo! ocho días hacia que acababa de casarme, y tenia alquilada la casa que hoy ocupo. Habia yo dormido en Ibach, cuando al salir de la posada fui detenido por cuatro granaderos, me llevaron delante del general: yo no sabia qué querian hacer de mí.

—¿Hablas francés? me dijo él.

—Sí: es mi lengua.

—¿Y hace mucho tiempo que vives en este país?

—Cinco años.

—¿Y le conoces bien?

—¡Toma! ya lo crep.

—Bien está, capitán, continuó volviéndose á un oficial que aguardaba sus órdenes, ahí teneis al hombre que os hace falta. Si os dirige bien, haced darle una recompensa; y si os vende, hacedlo fusilar.

—¿Lo oyes? dijo el capitán.

—Sí, mi oficial, respondí yo.

—Pues bien, ea, adelante y en marcha.

—¿Y á dónde?

—Ahora te lo diré.

—Pero en fin....

—Vamos, pocas razones, ó te pego.

No había nada que responder á esto. Internámonos en el valle, y cuando hubimos pasado por Schonemburch, en donde estaban las avanzadas francesas:—Ahora, dijo el capitán mirándome á la cara; es preciso tomar á izquierda ó á derecha y llevarnos mas arriba de la aldea de la Muotta; allí tenemos alguna cosa que hacer: ten cuidado de que no caigamos en manos de alguna partida enemiga, porque te prevengo que al primer tiro: cogió un fusil de manos de un soldado que llevaba dos, lo hizo voltear como un junco, y dejando caer la culata á dos pulgadas de mi cabeza añadió: te mato.

—Pero, señor, dije yo, no será culpa mia si..

—Ya estas prevenido, arréglate como puedas; ni una palabra mas y marchemos.

Hubo silencio en las filas y nos internamos en la montaña: como era necesario ocultar nuestra marcha á los rusos, que ocupaban á Muotta, gané los pinares que estais viendo y que llegan hasta mas allá de mi casa. Llegado cerca de ella le dije al capitán:

—Mi oficial, ¿teneis la bondad de permitirme que avise á mi muger?

—¡Ah! tunante, me dijo el capitán dándome un culatazo en las espaldas, ¿quieres vendernos?

—Yo, mi oficial.... ¡Oh!

—Silencio, y marchemos.

Ya veis que no se podía replicar nada. Pasamos á cincuenta pasos de mi casa, sin que pudiera decir una palabra á mi pobre muger; rabiaba yo que era una compasión. En fin, por un claro descubrimos á Muotta: yo se la enseñé con el dedo, no me atrevia ya á hablar. Veíase á los rusos que avanzaban por el camino.

—Bien, dijo el capitán. Ahora se trata de que nos lleves lo mas cerca posible de esos canallas.

—Eso es bien fácil, dije yo, pues hay un sitio en que el bosque baja hasta cincuenta pasos del camino.

—¿Y es el mismo en que estamos?

—No, otro: hay un llano entre los dos; pero el segundo bosque impedirá que nos vean salir del primero.

—Llévanos á ese punto, y cuidado con que

nos vean, por que al primer movimiento que hagan te mato.

Volvímos otra vez atrás, pues yo deseaba tomar todas las precauciones posibles para que no fuésemos vistos, convencido como estaba de que el maldito capitán haría lo que decia. Al cabo de un cuarto de hora llegamos á la ladera: había como un medio cuarto de legua de un bosque á otro. Al parecer todo estaba tranquilo en derredor nuestro: nos internamos en el espacio vacío y todo iba bien hasta entonces: mas cádate que al llegar á unos veinte pasos del otro bosque, salió de él un fuego horroroso....

—¡Toma! dije yo al capitán, parece que los rusos han tenido la misma idea que nosotros.

No tuve tiempo de decir mas: me pareció que la montaña entera caía sobre mi cabeza: era la culata del fusil del capitán. Yo vi fuego y sangre: luego no vi nada mas y caí al suelo.

Cuando volví en mí, era de noche; no sabía en donde me hallaba, ignoraba lo que me había pasado, no me acordaba de nada, solamente sentía horrorosamente pesada mi cabeza.

Echéme mano á ella, sentí mis cabellos pegados á la frente, vi mi camisa llena de sangre, en mi derredor había cadáveres, entonces me acordé de todo.

Quise levantarme; pero me pareció que la tierra temblaba, y me vi obligado á recostarme hasta que poco á poco fui volviendo enteramente en mí. Me acuerdo que á algunos pasos del sitio en que me encontraba corría un manantial; fui de rodillas arrastrando hasta él, lave mi herida, tragué un poco de agua que me hizo mucho bien, pensé entonces en mi pobre muger y en la inquietud en que por mí debería estar, esto me volvió mi ánimo, hice-me cargo en donde me hallaba, y aunque vacilante todavía me puse en camino.

Parece que la tropa á que yo servia de guía se había retirado por el mismo camino que yo la había enseñado, pues en todo lo largo de la ruta encontré cadáveres, que disminuían sin embargo en cantidad, á medida que yo adelantaba; en fin, llegó el momento en que no encontré ninguno, ya sea porque la columna hubiese cambiado de dirección, sea porque hubiese llegado al sitio en que el enemigo hubiese cesado de perseguirla. Anduve todavía un cuarto de hora: al fin descubrí mi casa. Entre el bosque y ella había un espacio vacío donde hacíamos pacer nuestros animales y á los dos tercios de aquel espacio descubrí al resplandor de la luna una cosa semejante á un hombre tendido. Dirigíme al objeto en cuestion, á algunos pasos ya no me quedó duda alguna: era un militar, veía brillar sus charreteras: me incliné hácia él: era mi capitán.

Entonces llamé como tenia costumbre de hacerlo cuando volvía para anunciar desde

lejos mi regreso; mi muger conóció mi voz y salió, corrió hácia ella, y cayó casi muerta en mis brazos, había pasado un día terrible y lleno de inquietud. Habíanse batido en los alrededores de la casa; ella había oído todo el día el fuego de la fusilería y los cañonazos que retumbaban en el valle.

Interrumpila para enseñarla el cuerpo del capitán.

—¿Está muerto? exclamó.

—Muerto, ó no, respondí yo, es preciso llevarle á casa; si está vivo, todavia tal vez lo-gramos salvarle: si está muerto enviaremos á su regimiento sus papeles, que pueden ser de importancia, y sus charreteras que valen algo: ve á preparar nuestra cama.

Rosa corrió á la casa, yo cogí al capitán en mis brazos y lo llevé descansando mas de una vez, pues aun no me hallaba muy fuerte; por fin, bien ó mal, llegué, desnudamos al capitán y vimos que tenia tres bayonetazos en el pecho; pero sin embargo, no estaba muerto.

¿Cáspita! me hallaba bastante apurado, por que no soy médico; pero calculé que el vino que hace bien en el interior, no podia hacer mal en lo esterior, y así vacié una botella del mejor, en una sopera, empape hilas y se las apliqué sobre sus heridas. Entretanto mi muger, que como todas las labradoras de los Alpes conocia ciertas yerbas medicinales, se fué á coger algunas á la luz de la luna, hora en que tienen aun mas virtud.

Parece que mis hilas hacian provecho al capitán, porque al cabo de diez minutos exhaló un suspiro, y al cabo de un cuarto de hora abrió los ojos, pero sin ver nada todavia. Si me hubiesen dado cuanto oro podia haber en mi cuarto no me habria puesto mas contento. En fin, tomaron vida y espresion sus miradas, y despues de haber vagado alrededor de la habitación se fijaron en mí: vi que me reconoció.

—Y bien capitán, le dije muy gozoso, ¿y si me hubiéseis muerto?

Al oír yo esto, di un brinco. La palabra era magnífica por su espíritu evangélico....

—Quince dias despues, continuó el anciano, se incorporó el capitán con su regimiento, y al dia siguiente un ayudante de campo me trajo quinientos francos de parte del general Massena, con los que compré la casa que tenia alquilada, y el prado que está alrededor.

—¿Y cómo se llamaba el capitán?

—No lo he preguntado.

Así este anciano había sido asesinado por un hombre, y había salvado la vida á su asesino, y no había tenido en el corazón ni bastante resentimiento por el mal que había recibido, ni bastante orgullo por el bien que había hecho, para desear saber el nombre de aquel que le debía la vida, y á quien él había estado á punto de deber la muerte.

—Pues yo seré mas curioso que lo que vos lo habeis sido, respondí, porque quiero saber cómo os llamais.

—Santiago Elsener, para serviros, dijo el anciano quitándose su sombrero para saludarme, y descubriendo al mismo tiempo y sin pensarlo, la cicatriz que le había hecho la culata del fusil del capitán.

En este momento Perico se puso á rebufar; cinco minutos despues Fidel vino corriendo, y en el primer recodo del camino descubrimos á Mariana que nos aguardaba en el umbral de la puerta.

—¡Hija mia, dijo Santiago, te traigo un buen señor que viene á pedirnos cena y cama.

—Sea bien venido, dijo Mariana, la casa es pequeña y la mesa estrecha; pero sin embargo, hay lugar para el viajero; y me tomó el morral y el palo para llevarlos á mi cuarto.

—¿Qué tal? ¿cómo habla! dijo Santiago sonriéndose, al verla alejarse; es que esta pobre Mariana ha recibido una educación de una señorita; esa pobre Mariana es la hija del maestro de escuela de Goldan.

—¿Pero, dije yo recordando la catástrofe sucedida en 1806 al pueblo que Santiago acababa de nombrar, no habitaba su familia en aquel país cuando al caer la montaña aplastó la población?

—Si tal: me respondió Santiago; pero Dios ha preservado al padre y á los hijos: solamente la madre pereció.

—¿Tendría á bien vuestra nuera referirme los detalles de este suceso?

—Todo cuanto querais, aunque ella era muy jóven cuando sucedió: pero su padre se lo ha contado tantas veces que se acuerda como si la cosa hubiese pasado ayer:—Bájate, Fidel.

Perdonad, señor, es su modo de hacer los honores de la casa.

En efecto, Fidel saltaba junto á mí como si hubiéramos sido conocidos antiguos; tal vez olfateaba al cazador.

—Ahora, me dijo Santiago, si no estais muy fatigado, y gustais subir á la colina que está detrás de mi casa, abarcareis de una sola ojeada el campo de batalla de Muotta-Thal y entretanto Mariana hará lo que tiene que hacer.

Seguí á mi guía llamando á Fidel, que anduvo tras de nosotros unos veinte pasos casi, pero al llegar allí se detuvo meneando la cola, nos miró un rato; despues, viendo que continuábamos nuestro camino, se volvió atrás parándose á mirarnos á cada diez pasos; por último, fué á echarse en el umbral de la puerta, tomando los últimos rayos del sol poniente.

—Parece que Fidel no es de los nuestros, le dije á Santiago, pues todo me parecia tan unido en aquella familia, que buscaba la razón de las cosas mas sencillas, seguro de encontrar siempre un misterio de intimidad.

—Sí, sí, me respondió el anciano, Fidel en tiempo de mi pobre Francisco nos queria á todos igualmente aquí, porque todo el mundo era feliz; pero desde que le hemos perdido, se ha unido á su viuda; parece que ella es la que

mas ha padecido; sin embargo, yo era el padre. En fin, Dios nos lo había dado, Dios nos lo ha quitado; ¡hágase su voluntad!

Seguí con respeto á aquel anciano tan sencillo, tan resignado en su dolor, y llegamos á la cima de la colina, desde donde se descubria una parte del valle, desde Muotta hasta Schonemburch: á la derecha divisábamos la cumbre de la montaña, que desde 1799 se llama el *Paso de los Rusos*; dos leguas mas allá de Muotta, el monte Prigel cerraba el valle y lo separaba del Klou, que comienza en la otra falda de la montaña y baja hasta Noefels. Dominábamos el mismo sitio en que había venido á estrellarse sobre nuestras bayonetas la salvaje reputación de Suwarow, y en que el gigante del Norte, corriendo desde Moscou, se vió obligado á batirse él mismo en retirada, despues de haber escrito á Korsakoff y á Jellachich, que habían sido derrotados por Lecourbe y por Molitor: «Vengo á reparar vuestras faltas: manteneos firmes como murallas. »Me respondereis con vuestra cabeza de cada paso que deis hácia atrás.»

Quince días despues, el que había escrito esta carta, derrotado y huyendo despues de haber dejado en las montañas ocho mil hombres y diez piezas de artillería, atravesaba el Reuss por un puente hecho apresuradamente con dos pinos que sus oficiales habían unido con sus fajas.

Permaneci allí casi cerca de una hora examinando todo aquel valle tan atormentado entonces, y hoy tan tranquilo. En el primer término tenía la casa, levantándose en medio de la verde alfombra sombreada por un enorme nogal, con su chimenea que elevaba en espiral su humo, tan tranquila se hallaba la atmósfera; en segundo término la aldea de Muotta, bastante cerca de mí para que viese sus casas, pero bastante distante para distinguir sus habitantes. En fin, en el horizonte el monte Prigel, cuya nevada cima tomaba un sonrosado tinte de los últimos rayos del sol.

Hay una gran semejanza entre el marino y el montañés, y es que uno y otro son religiosos; esto consiste en el poder del gran espectáculo que tienen incesantemente delante de sus ojos: en los eternos peligros que los rodean, y en esos grandes gritos de la naturaleza que se hacen oír en el mar y en la montaña.

A nosotros, habitantes de las ciudades, nada llega grande; la voz del mundo cubre la de Dios; y para encontrar un poco de poesía nos es preciso el ir á buscar en medio de las olas, esas montañas del Océano, ó en medio de las montañas, esas olas de la tierra. Entonces, por poco poetas ó religiosos que hayamos nacido, lo que frecuentemente es lo mismo, sentimos despertarse en nuestro corazón una fibra que se estremece, sentimos vibrar en nuestra alma una voz que canta, y comprendemos bien que esa fibra y esa voz no estaban ausentes, sino adormecidas, que era el mundo

el que pesaba sobre ellas, y que á las alas de la poesía y de la religión, como á las de las águilas, les falta la soledad y la inmensidad. Entonces se comprende perfectamente la resignación del montañés y del marinero, ora camine errante por las neveras, ora bogue en el Océano. Allí el espacio es demasiado grande para que sienta profundamente la pérdida de una persona amada; sólo cuando entra en su cabaña ó en su casa de campo, echa de ver que hay una madre de menos en el hogar entre él y su hijo, ó que falta un niño á la mesa entre él y su muger, entonces sus ojos, que había levantado altos y resignados en tanto que había podido ver el cielo á donde había ido el alma, al perder de vista el cielo, se inclinan llorosos á la tierra que encierra el cuerpo.

El anciano me dió un golpecito en el hombro: Fidel venia á anunciarnos que la cena estaba lista.

HISTORIA DEL PERRO.

—Colocaos ahí, me dijo el anciano, acercando una silla á donde estaba mi cubierto preparado. Ese era el sitio de mi pobre Francisco.

—Escuchad, padre, le dije, si no tuviérais un alma poderosa, un corazón lleno de religión, si no fuérais un hombre cortado segun el espíritu de Dios, no os preguntaría ni lo que era vuestro hijo ni cómo ha muerto; pero creéis, y por consiguiente esperáis. ¿Cómo Francisco os ha dejado aquí abajo, para ir á esperáros en el cielo?

—Teneis razon, respondió el anciano, y me haceis un bien hablándome de mi hijo. Cuando no estamos mas que los tres, Fidel, mi hija y yo, quizá le olvidamos alguna vez, ó aparentamos olvidarlo para no afligirnos unos á otros, pero así que entra un forastero nos recuerda su edad, desde que deja su baston donde Francisco dejaba su carabina, y cuando ocupa en el hogar ó en la mesa el asiento que ordinariamente ocupaba el que nos ha abandonado, entonces nos miramos los tres y vemos que la herida no está aun cicatrizada y que necesita todavía mas lágrimas. ¿No es cierto, Mariana? ¿no es así, mi pobre Fidel?

La viuda y el perro se acercaron á un mismo tiempo al anciano: la una le alargó la mano, el otro colocó su cabeza sobre sus rodillas. Algunas lágrimas silenciosas corrieron por las mejillas del padre y de la muger; el perro dió un lastimero aullido.

—Si, continuó el anciano, un día entró de vuelta de Speringen, que está á cinco leguas

de aquí, por la parte de Altorf; traía en brazos á éste (el anciano estendió la mano colocándola en la cabeza de Fidel), que no era entonces mas grande que el puño. Lo había encontrado en un monton de estiércol, adonde lo habían arrojado con otros dos hermanos suyos; pero los otros habían caído sobre el empedrado y se habían matado. Se le hizo calentar leche y empezóse á alimentarle como á un niño con una cuchara; no era muy cómodo, pero el animalito estaba allí, y no era cosa de dejarlo morir de hambre.

Al abrir Mariana al día siguiente la puerta halló en el umbral una hermosa perra que se entró adentro como si estuviera en su casa, dirigiéndose inmediatamente al cesto en donde estaba Fidel, y le dió de mamar. Era su madre, que guiada por el instinto había seguido el mismo camino que Francisco, y así que el cachorro mamó volvió á tomar el camino de Speringen. A las cinco horas tornó para el mismo objeto, volvióse á marchar como antes, y al día siguiente al abrir la puerta se la encontró otra vez tendida en el umbral.

Durante seis semanas, y dos veces cada día, hizo la perra su viage de ida y vuelta de Speringen, es decir, veinte leguas de camino, pues su amo le había dejado un hijo en Sessigen, y Francisco había traído el otro aquí, de modo que se dividía entre sus dos cachorros. En todos los animales de la creación desde la perra hasta la muger, el corazón de una madre es siempre una cosa sublime. Al cabo de este tiempo no se la vió mas que cada dos días, pues Fidel comenzaba á poder comer; despues no vino mas que cada semana, y por último, ya no se la vió mas que á muy largas épocas, á la manera de una vecina del campo que hace sus visitas.

Francisco era un osado cazador de las montañas, era muy rara la vez que la carabina que veis ahí colgada sobre la chimenea disparase una bala que se perdiese. Casi cada dos días le veíamos bajar con una gamuza al hombro, y de cuatro guardábamos una, vendiendo las otras tres; era una renta de cien luises por año. Nosotros hubiéramos querido mejor que Francisco solo hubiese ganado la mitad en otro oficio; pero Francisco era mas cazador por gusto que por oficio, y sabeis lo que es esta pasión en nuestras montañas.

Un día pasó por nuestra casa un inglés, Francisco acababa de matar á un soberbio lammergerjer (buitre de los Alpes), el pájaro tenía diez y seis pies de una á otra parte de las alas, le preguntó si se podría coger otro igual vivo; Francisco respondió que era preciso cogerlo en el nido, y que esto solo se podía hacer en el mes de mayo, cuando las águilas están en huevos. Ofreció el inglés doce luises por dos aguiluchos, dejó las señas de un negociante de Ginebra, corresponsal suyo, que se encargaria de remitirselos, dió á Francisco dos luises por señal, y le dijo que el nego-

ciante le daría el resto al entregarle los aguiluchos.

Ya habíamos olvidado Mariana y yo la visita del inglés cuando á la primavera siguiente nos dijo Francisco una tarde al volver á casa:

—Ya he encontrado un nido de águila.

Nos estremecimos Mariana y yo, y sin embargo era una cosa muy sencilla lo que nos decía, y nos la había repetido con mucha frecuencia.

—¿Y en dónde? le pregunté.

—En el Frolen-Alp.—El anciano estendió el brazo hácia la ventana.—Es, dijo, esa gran montaña de nevada cumbre que desde aquí veis.

Hiciele seña con la cabeza de que la veía.

Tres días despues salió Francisco como de costumbre con su carabina, y le acompañé durante unos cien pasos, porque yo mismo iba á Zug, y no debía de regresar hasta el día, siguiente. Mariana nos miraba á los dos: Francisco la vió en la puerta, se despidió de ella con la mano, la gritó, *hasta la noche*, y se internó en el bosque de hayas por cuya orilla hemos pasado hoy.

Vino la noche sin que Francisco pareciese, pero esto no alarmó mucho á Mariana porque sucedía frecuentemente que Francisco se quedase á dormir en la montaña.

—Perdonad, padre mio, os equivocais, interrumpió la viuda; todas las veces que Francisco tardaba, me afligia yo mucho, y cual si hubiese tenido un presentimiento de lo que iba á suceder, aquella noche estaba mas alarmada que de costumbre. Ademas me hallaba sola, no estábais allí para tranquilizarme; Fidel, á quien Francisco no se había llevado consigo, se escapó por la mañana para reunirse con su amo; al anochecer había nevado, y el viento era frio y triste. Miraba en la chimenea bailar llamas azules parecidas á los fuegos fatuos que corren en los cementerios, tiritaba continuamente, tenía miedo y no sabia de qué. Los bueyes inquietos en el establo mugieron tristemente como cuando ronda un lobo en la montaña. De repente oí estallar una cosa detrás de mí: era ese espejito que vos nos habiais dado el día de la boda, el cual se hizo pedazos por sí solo, cual todavía lo veis. Me levanté y fui á ponerme de rodillas delante del crucifijo; apenas había comenzado á rezar se me figuró oír en la montaña el aullido de un perro que se lamentaba; púsemme en pié, sentí correr un estremecimiento por todo mi cuerpo. En aquel momento el crucifijo que estaba mal colgado se cayó, se rompió uno de sus brazos de marfil; me bajé para recogerle, pero oí un segundo aullido, mas inmediato: ¡Jejé el Cristo en el suelo; fué un sacrilegio sin duda, pero había creído reconocer la voz de Fidel. Corrí á la puerta, puse la mano sobre la llave no atreviéndome á abrir, clavados los ojos sobre aquella cruz de madera negra, en

la que no quedaban mas que la calavera y los dos huesos; ya no era un signo de esperanza, era un simbolo de muerte. Hallábame así trémula, yerta, cuando una violenta ráfaga de viento abrió la ventana y apagó la lámpara. Di un paso para ir á cerrar aquella ventana y volver á encender la lámpara, cuando en aquel mismo instante, resonó en la misma puerta un tercer aullido; lancéme á ella, la abrí, entró Fidel enteramente solo; empezó á saltar como de costumbre, pero en vez de acariciarme me agarró el vestido y tiraba de él. Adiviné que Francisco se encontraba en peligro de muerte, y sin cerrar puerta ni ventana me eché fuera; Fidel caminaba delante de mí, seguile.

Al cabo de una hora ya no tenia zapatos, mis vestidos estaban hechos girones, la sangre corria por mi rostro y por mis manos; andaba con los pies descalzos sobre la nieve, los jarales y el duro pedernal; nada sentia. De cuando en cuando me daban ganas de gritar á Francisco que ya iba á su socorro, pero no podia, ó mas bien no me atrevia.

Por todas partes donde pasaba Fidel, por allí pasaba yo tambien; no sé decirlos por dónde ni cómo; porque nada sé. Despeñóse de la montaña un alud: oi un estruendo semejante al del trueno, sentí vacilar todo como en un terremoto. Me agarré á un árbol, el alud pasó. Fui arrastrada por un torrente, sentí que iba rodando algun tiempo, despues fui á tropezar contra un peñasco al que me así, y sin saber cómo me hallé de pie y fuera del agua: vi brillar los ojos de un lobo en un matarral que habia en el camino, dirigime en derchura al matarral, sintiéndome con valor para ahogar al animal si se atrevia á atacarme, pero el lobo tuvo miedo y echó á huir. En fin, al amanecer, guiada siempre por Fidel, llegué á orillas de un precipicio, sobre el que se cernia un águila, vi en el fondo una cosa como un hombre tendido, y dejándome resbalar por un peñasco en cuesta, caí junto al cadáver de Francisco.

El primer momento fué todo del dolor, yo no averiguaba como se habia matado, si no que me echaba sobre él, palpaba su corazon, sus manos, su rostro; todo estaba frio, todo estaba muerto; creí que iba á morirme, pero pude llorar.

No sé cuanto tiempo permanecí así: alcé por fin la cabeza y miré en derredor mio.

Junto á Francisco habia un águila hembra ahogada, sobre la punta de un peñasco un aguilucho vivo triste é inmóvil cual un pájaro esculpido, y en el aire el macho describiendo eternos círculos y dejando oír de cuando en cuando un chillido agudo y lastimero. En cuanto á Fidel, sin aliento y muriéndose tambien, se habia echado al lado de su amo y lamia su rostro cubierto de sangre.

Francisco habia sido sorprendido por el padre y la madre: atacado por ellos, sin duda,

en el momento en que acababa de apoderarse de su hijo y forzado á desahirse del peñasco por el que trepaba, se habia caído ahogando al águila que se habia arrojado sobre él y cuyas garras estaban aun marcadas en su espalda.

Ved por que queremos tanto á Fidel, continuó el anciano: á no ser por él, el cuerpo de Francisco hubiera sido pasto de los lobos y de los buitres, mientras que gracias á él descansaba tranquilamente sepultado en una tumba cristiana, sobre la que de tiempo en tiempo, cuando la resignacion nos falta, podemos ir á rezar....

Comprendí que Santiago y Mariana necesitaban quedarse solos, y en vez de ponerme á la mesa, me salí de la habitacion.

HISTORIA DE LA MUGER.

A las diez me llevó el anciano al cuarto que habia preparado para mí; sobre una mesa cerca de mi cama habia un manuscrito, tinta y plumas.

—Aquí teneis, me dijo Santiago, me habeis pedido detalles sobre el hundimiento de Goldau, y yo no he querido hablar á mi hija de este accidente que la hubiera recordado la muerte de su madre, sobre todo en unos momentos en que ya tenia el corazon bastante quebrantado; pero aquí encontrareis una relacion exactísima de aquella catástrofe, escrita por su padre, mi antiguo amigo, llamado José Vigeld. Podeis copiarla y vereis que Dios fué quien preservó á Mariana para que pudiera ser algun día el consuelo de un viejo que ya no tiene hijo.

Dí gracias á mi huésped; pero tenia bastantes recuerdos para ocupar la noche y aplacé para el día siguiente por la mañana este nuevo trabajo.

Me despertó un rayo de sol que empezó á danzar alegremente sobre mis ojos cerrados, y quierás que no, me los hizo abrir. Al pronto creí que habia tenido sueños incoherentes y raros: Massena, Francisco, Fidel, Santiago, Mariana y las águilas se habian embrollado de tal modo en mi sueño que me costó todo el trabajo imaginable para compaginar en mi memoria todos estos recuerdos y hacer brillar la luz en aquel caos. Hecha esta operacion, recordé que aun me quedaba que oír otra catástrofe de familia que anotar no menos terrible, la del hundimiento de Ruffiberg.

Doy á mis lectores la relacion en toda su sencillez, por que la he copiado, ó mas bien traducido literalmente del manuscrito de mi

huésped. No carecerá de interés quizás; ahora que, gracias al bello talento de Mr. Daguerre, se puede ver en el diorama una pintura tan exacta y tan dramática de este suceso.

«El verano de 1806 habia sido muy tempestuoso, continuadas lluvias habian empapado la montaña; pero sin embargo habiamos llegado al 2 de setiembre sin que nada pudiese hacer presagiar el peligro que nos amenazaba. Hacia las dos de la tarde dije á Luisa, la mayor de mis hijas, que fuese á buscar agua á la fuente; tomó el cántaro y marchó, pero al cabo de un instante volvió diciéndome que la fuente habia dejado de correr. Como no tenia mas que atravesar el jardín para cerciorarme de aquel fenómeno, fui yo mismo y vi que efectivamente el manantial se habia secado; quise dar dos ó tres golpes de azadon en la tierra para averiguar la causa de aquella desaparicion, cuando me pareció sentir temblar el suelo bajo mis pies, solté el azadon en el momento en que acababa de clavarlo en la tierra. Mas cuál fué mi asombro cuando lo vi moverse solo! Al mismo tiempo echó á volar una nube de pájaros dando agudos chillidos; levanté los ojos y vi desprenderse los peñascos y rodar á lo largo de la montaña; creí que me hallaba acometido de un vértigo. Me volví para ir á mi casa. Detrás de mí se habia formado un foso cuya profundidad no podia medir. Salté por encima, como hubiera hecho en un sueño, y corrí hacia mi casa; parecíame que la montaña se resbalaba sobre su base y me perseguia. Al llegar delante de mi puerta vi á mi padre, que acababa de llenar de tabaco su pipa; habia predicho frecuentemente este desastre. Le dije que la montaña vacilaba como un hombre borracho, é iba á caer sobre nosotros; él miró por su lado.—¡Bah! dijo: aun me dará tiempo para encender mi pipa; y se entró en la casa. En aquel momento pasó por el aire una cosa que hizo sombra; alcé los ojos, y era un peñasco lanzado como una bala de cañon, que fué á destruir una casa situada á cuatrocientos pasos de la aldea. Entonces apareció mi muger, revolviendo la esquina de la calle, con tres de nuestros hijos; corrió á ella, cogió dos en mis brazos y le grité que me siguiera.

—¡Y Mariana!.... exclamó ella lanzándose hacia la casa: Mariana que se ha quedado dentro con Francisca. Detúvela por un brazo, pues en el mismo momento la casa daba vuelta sobre si como una devanadera. Mi padre que ponía el pié en el umbral fué arrojado á la otra parte de la calle. Yo tiré de mi muger y la obligué á seguirme. De repente se oyó un ruido espantoso, y una nube de polvo cubrió el valle. Mi muger me fué arrancada violentamente: me volví, habia desaparecido con su hijo: era una cosa incomprensible, infernal; la tierra se habia abierto y vuelto á cerrar bajo sus pies, y no hubiera sabido adonde habia pasado, á no haberse quedado una de sus ma-

nos fuera del suelo. Arrojáme sobre aquella mano que la tierra apretaba como unas tenazas, y no queria abandonar aquel sitio; sin embargo, mis hijos gritaban y me llamaban en su auxilio; me levanté como un loco, cogí uno debajo de cada brazo, y eché á correr. Tres veces sentí que la tierra se movia bajo mis pies y caí con mis hijos; tres veces me volví á levantar; al fin ya no me fué posible permanecer de pie; queria agarrarme á los árboles, y los árboles caian; queria apoyarme en un peñasco, y el peñasco huía como si se hallase animado. Puse á mis hijos en tierra y me eché sobre ellos; un instante despues parecia habia llegado el último día de la creacion; la montaña toda entera caía hecha pedazos.

«Así permanecí con mis pobres hijos todo el día y una parte de la noche; creiamos ser los últimos seres vivientes del mundo, cuando oimos gritos á algunos pasos de nosotros; era un jóven de Basingen, que se habia casado aquel mismo día. Volvia de Art con toda la comitiva de la boda. En el momento de entrar en el Goldau se habia quedado atrás para coger en un jardín un ramo de rosas para su novia. Aldea, boda, novia, todo habia desaparecido de repente, y corria como una sombra por entre las ruinas, con su ramo de rosas en la mano, gritando: ¡Catalina! Yo le llamé, se vino á nosotros, nos miró, y viendo que no estaba con nosotros la que buscaba, volvió á echarse á correr como un loco.

«Levantámonos mis hijos y yo; mirando alrededor nuestro percibimos al reflejo de la luna un gran crucifijo que habia permanecido en pie; fuimos hacia él; un anciano estaba acostado cerca de la cruz, reconocí á mi padre, le creí muerto y me precipité sobre él; se despertó; la ancianidad es indiferente.

«Le pregunté entonces si sabia algo de lo que habia pasado en la casa en donde él habia entrado en el momento de la catástrofe; pero me dijo que no habia visto nada mas que á Francisca, la cocinera, que, habia cogido de la mano á Mariana gritando: ¡Hoy es el día del juicio! ¡huyamos! ¡huyamos! Pero que en aquel momento todo habia quedado trastornado, y él mismo se vió arrojado en medio de la calle; no sabia nada mas, pues habiéndole dado una piedra en la cabeza quedó aturdido con la violencia del golpe: cuando recobró el sentido habia pensado en la cruz, se habia ido á ella, habia orado, y se habia quedado dormido: entonces le confité mis hijos, y me puse á vagar por entre todos aquellos escombros, tratando de adivinar el sitio donde estaba nuestra casa.

«En fin, orientándome por la cruz y la cima del Rossberg, creí saber dónde me hallaba; subí á una pequeña colina formada por la tierra que cubria los restos de una casa, me agaché como cuando se habla con trabajadores que están en una mina, y llamé con toda mi fuerza. Al momento oi una voz de niño

que respondía con quejidos; reconocí la voz de Mariana. No tenía piqueta ni azadón; me puse á cabar con las manos, y como la tierra estaba movediza, muy pronto hice un agujero de cuatro ó cinco pies de profundidad. Toqué el tejado destrozado, y arranqué las tejas que lo cubrían. Luego que pudo pasar mi cuerpo, me dejé resbalar á lo largo de un madero; y como se había hundido el techo me hallé en el interior de la casa, llena de piedras y astillas de madera. Llamé segunda vez y oí quejarse al lado de la cama; era la niña que había sido arrojada debajo de la cama; toqué su cabeza y una parte de su cuerpo; quise traerla hácia mí, pero estaba cogida entre las tablas de la cama, que se había hecho pedazos al hundirse el techo. La cama le había roto una pierna.

«Levanté las maderas de la cama con un esfuerzo casi sobrenatural, y la niña salió de debajo á gatas, ayudándose con las manos. La tomé en mis brazos, y me dijo que no se hallaba sola, que Francisca debía de estar en alguna parte. Llamé á Francisca, y la pobre muchacha no pudo responder mas que con gemidos; coloqué la niña en el suelo, y comencé á buscar. Separada violentamente de Mariana, á quien había cogido de la mano en el momento de la desgracia, se había quedado suspendida entre las ruinas, con la cabeza hácia abajo, el cuerpo oprimido por todas partes, y el rostro magullado. Despues de muchos esfuerzos había logrado sacar una mano y enjugarse los ojos llenos de sangre. En esta horrenda situación oyó los gemidos de Mariana. Llamóla, la niña respondió: preguntóla en dónde estaba, y Mariana dijo que se hallaba echada boca arriba cogida, sin poderse mover, por la cama, pero que tenía las manos libres, y que á través de una hendidura se descubría el cielo y aun los árboles. Entonces la niña preguntó á Francisca si permanecerían mucho tiempo de aquel modo y si no vendrían á socorrerlas; pero Francisca, llena de su primera idea, de que era llegado el día del juicio, la dijo que ellas solas sobrevivían á la creación, y que muy pronto iban á morir y ser felices en el cielo: entonces la jóven y la niña se pusieron á orar. Mientras oraban, tocó una campana la oración, y dieron en un reloj las siete. Francisca reconoció la campana y el reloj de Sternerberg. Existían, aun, pues, seres vivientes y casas en pie; podían aguardar socorros; en consecuencia, trató de consolar á la niña; pero Mariana comenzaba á tener hambre, y pedía llorando su sopa; pronto se debilitaron sus gemidos, y Francisca no volvió á oírlos mas. Creyó que la pobre niña había muerto, y rogó al ángel que acababa de dejar la tierra, se acordase de ella en el cielo. Pasáronse así muchas horas. Francisca tenía un frío insoportable, su sangre que no podía circular á causa de la presión de sus miembros, se le agolpaba al pecho y la ahogaba. Sentíase morir á su vez.

«Entonces fué cuando Mariana, que solo

se hallaba dormida, se despertó y empezó á quejarse de nuevo; aquella voz humana, por débil é impotente que fuese reanimó á la pobre Francisca, que hizo esfuerzos inauditos, logrando al fin sacar una pierna, con lo que se encontró aliviada. Despues la sobrecogió un gran sopor, y acababa de ceder á su influencia, cuando mi Marianita oyó mi voz y me respondió. Encontré por fin á Francisca, y con una pena increíble logré sacarla de entre los escombros en que se hallaba. Creía tener rotos los brazos y piernas, y pedía agua, porque lo que mas le hacia padecer, decía, era la sed. La llevé junto á Mariana, debajo del agujero que yo había hecho, y por el que se veía el cielo; la pregunté si descubría las estrellas; pero me respondió que creía estar ciega. Entonces la dije que permaneciese quieta en aquel sitio en que estaba, y que yo iba á volver al momento para socorrerla; pero me cogió de un brazo y me rogó que no la abandonase. Respondíle que nada tenía que temer, que todo estaba tranquilo; ahora que iba á comenzar por sacar de allí á Mariana, y que al momento volvería y la traería agua. Consintió en ello.

«Desaté entonces el delantal que tenía ella, y me lo até al cuello; puse á Mariana en el delantal, cogí las otras dos puntas con los dientes, y gracias á este expediente que me dejaba libres las manos, logré subir por el madero, por donde había bajado. Corrí al pie de la cruz: en el camino vi pasar junto á mí como una sombra al desdichado jóven que buscaba á su novia; llevaba siempre su ramo de rosas en la mano.

— «¿Habéis visto á Catalina? me dijo.

— «Venid conmigo, al lado de la cruz, le respondí.

— No, continuó él, es preciso que la encuentre.

«Y desapareció en medio de los escombros llamando siempre á su novia.

«Hallé al pie del crucifijo, no solo á mi padre y á mis hijos, sino á tres ó cuatro personas que instintivamente habían ido á buscar un refugio al pie de la cruz.... Depositó á su lado á Mariana recomendándosela á sus hermanos, mayores que ella, referí á los que allí estaban que Francisca se había quedado sepultada entre los escombros, y que no sabía cómo sacarla de ellos. Me dijeron que una sola casa separada del pueblo había quedado en pie, y que allí podría encontrar una escalera y cuerdas. Corrí allí: se hallaba abierta y abandonada por sus propietarios que habían huido; sin embargo, oí ruido sobre mi cabeza, y llamé. ¿Eres tú, Catalina? dijo una voz que reconocí por la del novio, me partía el corazón; entré en el patio para no volver á ver mas á aquel desgraciado jóven, hallé una escalera que cargué sobre mi espalda, una calabaza que llené de agua, y volví á prestar socorro á Francisca.

«La frescura del aire la había devuelto no poco las fuerzas, y estaba de pie y me aguardaba. Introduje la escalera, que era bastante larga para tocar en el suelo, bajé cerca de Francisca, le di la calabaza, que vació con ansia, despues la ayudé á subir por la escalera, guiándola, porque no veía, conseguí sacarla fuera de la especie de sepulcro en que había permanecido catorce horas. Durante cinco días estuvo ciega, y todo el resto de su vida sujeta á ataques convulsivos y accesos de terror.

«Apareció el sol, y nada puede dar una idea del espectáculo que iluminó. Tres aldeas habían desaparecido; dos iglesias y cien casas estaban enterradas; cuatrocientas personas sepultadas vivas; un trozo de la montaña había caído rodando hasta el lago Louvertz, y cegándose en parte había levantado una ola de cien pies de altura y de una legua de extensión, que había pasado sobre la isla de Schwanau arrastrando las casas y los habitantes. La capilla de Olterr, construida de madera, fué hallada flotando sobre el lago como por milagro; la campana de Goldau, arrebatada por el aire, fué á caer á un cuarto de legua de la iglesia.

«Diez y siete personas solo sobrevivieron á esta catástrofe.

«Escrito en Art en honor de la Santísima Trinidad, el 40 de enero de 1807, y dado á mi hija Mariana para que no olvide nunca, cuando yo no exista para recordarlo, que si el Señor nos ha castigado con una mano nos ha sostenido con la otra.

JOSEPH VIGELD.»

Mi huésped entró en mi cuarto cuando terminaba yo de copiar las últimas líneas del manuscrito de su suegro. Venía á anunciarme que estaba listo el desayuno.

Era la cena de la vispera á que nadie había pensado tocar.

UN CONOCIMIENTO DE POSADA.

El día estaba magnífico. Por muchas ganas que tuviese de quedarme mas tiempo en compañía de aquella escelente familia, tenía mis horas contadas, y fui á despedirme de Pericó, á quien llevé un pedazo de pan: tambien me despedí de Fidel prometiéndole un collar, estreché la mano al anciano que quería á la fuerza acompañarme otra vez hasta Schonemburch, y encargué á Mariana que no me olvidase en sus oraciones.

En el momento de doblar el ángulo en donde la vispera habíamos hallado á Fidel, me volví á mirar todavía otra vez aquella casita que blanqueaba sobre el verde musgo. El anciano estaba sentado sobre su banco de madera, Mariana de pie, me miraba alejarme de allí, y Fidel estaba tendido á los primeros rayos del sol matinal; todo esto se destacaba en una atmósfera pura, con un aspecto reposado y tranquilo, capaz de hacer creer que la desgracia se había debido olvidar de aquel rinconcito de tierra. Seguramente lo hubiera creído así, si no hubiese hecho mas que pasar por delante de aquella casa; pero había entrado en ella, se había desarrollado ante mis ojos toda la vida real de sus habitantes con su alegría y sus lágrimas. La cabaña tiene su drama como el palacio, únicamente que el dolor de la aldea es silencioso, y el de la ciudad ruidoso; el aldeano llora en la iglesia, y el hombre de la ciudad en la calle; el pobre se queja á Dios de los hombres, y el rico se queja de Dios á los hombres.

No nos paramos en Schwitz mas que el tiempo únicamente necesario para el desayuno, pues nada ofrece la ciudad notable mas que el honor de haber dado su nombre á la confederación, y la forma estraña de las dos montañas sobre que está apoyada: despues nos pusimos nuevamente en camino para Sewen, en donde tomamos un barco, dejamos á la izquierda el castillo de Schwanau, quemado por Stauffacher en 1308, y fuimos á abordar, al cabo una hora casi de navegacion, al punto mismo en que se había precipitado en el lago una parte de la montaña. Desde el momento en que descubrimos los restos del Ruiffberg, me habían dado ganas de atravesarlo, y desde lejos la cosa me parecía de las mas fáciles, porque en los Alpes no se puede juzgar ni de la distancia, ni del volumen de los objetos. Mis barqueros me habían dicho que me arrepentiría de aquella empresa, pero yo no había querido creerles, de modo que, llegado á la orilla, una mal entendida vergüenza me impidió volverme atrás, y me aventuré á penetrar en medio de aquellas gigantescas ruinas de la naturaleza.

Es preciso haber visto aquel horrible caos para formarse una idea de él: no son mas que rocas arrancadas de sus bases, árboles sacados de raíz, colinas sin formas ni verdor. Todas las veces que seguimos aquellos valles caprichosos y sin continuidad, era cosa de creer que como el Cain de Byron visitáramos el cadáver del mundo. En medio de aquel trastorno de la creación, nos era imposible adoptar un camino, proponernos un objeto, orientarnos en nuestro camino; á cada momento era preciso doblar penascos perpendiculares que no se podían saltar, agarrarse con las manos á las ramas y raíces de los árboles, volverse sin saber á donde conducían aquellas vueltas, ni si el camino adoptado tenía salida.